Boletín Parroquial de Acción Católica

Año II — Granollers, 1.º de Mayo de 1942 — Núm. 13

Pentecostés

Cristo glorificado, sentado a la diestra de su Padre, a los diez dias de su Ascensión a los cielos, envía al mundo el Espíritu Santo «a fin de, —en frase del Cardenal Mercier,— «establecer aquí el reino de Dios y de hacer circular en la tierra la vida divina.»

El Espíritu Santo es el autor de la creación sobrenatural. Infunde a la Iglesia entera la abundancia de vida que, en el dia de Pentecostés, se exteriorizó con «un ruido venido del cielo, semejante a un viento huracanado que llenó toda la casa donde se encontraban reunidos los Apóstoles»; enseña, como maestro interior, la verdad de la que habia venido a dar testimonio Jesucristo: «os dirá las cosas que ha oido... os recordará cuanto yo os tengo enseñado»; enciende en los corazones el ardiente fuego del amor: «Fragua del amor, la Caridad en persona».

El Espíritu Santo es el otro consolador. «Por ser el Espíritu de verdad, sacia las necesidades de la inteligencia; por ser el Espíritu de amor, colma las ansias del corazón; por ser el Espíritu de fortaleza, da el sostén en los trabajos y enjuga las lágrimas en las penas.

El Espíritu Santo es el huésped del alma. Mas no huésped sólo de honor que se complace en recibir las atenciones de quien le cobija; sino que, primordialmente, «es el distribuidor de los dones celestiales... el suavísimo refrigerio de la pobreza de espíritu.»

El Cenáculo de Jerusalén, antes de la venida del Espíritu Santo, es la asamblea de unos pobres hombres que no tuvieron valor para seguir a Cristo hasta el Gólgota. Después, es la Iglesia naciente, de la cual, la continuidad de veinte siglos de persecución, no podrá impedir su difusión por todo el orbe terrestre.

El alma, sin el Espíritu Santo, no puede vivir la vida de Dios; el Apóstol, sin el Espíritu Santo, no puede trabajar por Dios.

El objeto de la misión de la A. C., es hacer vivir la vida de Dios, mediante el trabajo en el Apostolado seglar. En consecuencia, su trabajo es vano, si sus miembros, que forman el conjunto, no están llenos del Don del Altísimo, el Espíritu Santo.

JOSÉ ARANS, PBRO.

Boletín de Acción Católica, 1/5/1942, p. 1 / Col·lecció de premsa i butlletins / Arxiu Municipal de Granollers